

## San Pedro de Lurín

Cuentan los ancianos que aún antes que los incas llegaran al valle de Lurín, ya había un poblado frente al mar, que lo llamaban *Quilcay* y que era un pueblo de pescadores. Cómo será de antiguo el pescar por estos lares que la Cofradía de San Pedro, de la que son parte todos los pescadores de Lurín, obtuvo su licencia de don Toribio Alfonso Mogrovejo, el segundo Arzobispo de Lima, el 15 de abril de 1598. Ese mismo monseñor fue el que, más tarde, se convirtió en Santo Toribio de Mogrovejo. Así, así de larga, es la tradición de los pescadores de San Pedro de Lurín.

En el mar que baña San Pedro de Lurín la pesca es variada y rica. A veces pescamos con anzuelo, a veces con chinchorro, calando. Sale peje sapo, tramboyo, corvina, lorna, raya, mojarrilla y chita, entre otros peces. Pescar es un oficio duro pero hermoso. Mi padre, su padre y el padre de su padre fueron

pescadores. Yo, Salvador Mallaupoma Cruz, sin embargo, tuve una oportunidad que ellos no tuvieron y fui a la universidad. Me diplomé en Historia y me dediqué a enseñar en el mismo colegio, en Lurín, donde estudié. Pero en mi sangre sigo siendo pescador. Y pesco, feliz, todos los fines de semana en la misma chalana que pescó mi padre y que me dejó por toda herencia. Mis hijos, un hombre y una mujer, se fueron a vivir a Nueva Jersey hace algunos años y en sus cartas me dicen que, de vez en cuando, también van de pesca. Yo casi siempre pesco con Pompeyo Barja, mi amigo desde la infancia: mi mejor amigo. Pero, a veces, pesco solo. A mí también me hace feliz pescar solo. Francisca, mi esposa, se molesta y me reniega cuando salgo solo. Aunque solo es un decir: me acompañan los bufeos, dando saltos a mi alrededor; las gaviotas, revoloteando sobre mi cabeza; y los patillos, zambulléndose como rayos y alzando vuelo nuevamente. Miren que hasta los lobos marinos me acompañan, aunque fastidian porque quedan atrapados más a menudo de lo que quisiéramos en nuestras redes y para soltarlos no hay más remedio que cortarlas.

Hoy el pueblo de San Pedro de Lurín es bastante grande y los lurinenses se dedican a

muchas otras cosas: a sembrar verduras, hortalizas, frutas y, uno que otro, algo de maíz; a los viveros y, en especial, a las flores; y a los restaurantes campestres. Así, los fines de semana viene mucha gente de Lima a comprar verduras frescas, plantas y flores, a comer chicharrones y pasar un buen rato en familia. Pero sigue habiendo muchas familias que viven del mar. El pueblo ha cambiado mucho desde que yo era chico pero sigue siendo, en su esencia, un pueblo de pescadores.

¡Hay, cuando yo era chico! Cuando nuestros padres se hacían a la mar, desde la Playa San Pedro, de allí donde le dicen Pueblo Viejo, nosotros, la chiquillada, correteábamos por los “callejones” que eran los caminos a lo largo de los costados de las acequias.

Había un callejón que iba desde la Hacienda San Pedro hasta la playa misma, precisamente hasta Pueblo Viejo. Ese callejón era nuestro favorito. De Pompeyo y mío, sobre todo. A cada lado del callejón crecía el pájaro bobo, el quebrolo –macho y hembra, por las hojas se le reconoce– y el membrillejo –así le decían porque sus hojas se parecen a las del membrillo–. Entre los arbustos anidaban muchos pájaros. Había chirotos, chaucos y papamoscas. A los chirotos también les

dicen *huanchacos*, sobre todo en el norte del Perú. A mi padre siempre le escuchaba decir “todos los pájaros comen maíz pero al huanchaco siempre le echan la culpa”.

Allá por los años 50, creo, la acequia de nuestro callejón favorito crecía en el verano y formaba grandes lagunas junto a la Capilla de San Pedro, que está frente a la playa. Dicen que esa capilla fue construida en 1891. En las lagunas crecía totora, gramalote y grama gruesa y se llenaban de unos peces pequeños que llamaban cachuelas. Nosotros los pescábamos con latas y luego los volvíamos a echar a la laguna: “lo que no es para comer, al agua ha de volver” –decía siempre el papá de Pompeyo–. Hace años de años que no se han vuelto a formar lagunas por allí...

San Pedro de Lurín es un hermoso pueblo, con muchas tradiciones y gente muy trabajadora, pero no sería tan diferente de otros pueblos de la costa del Perú de no ser por la presencia de las Islas de Pachacamac.

Las islas están justo frente a la playa de San Pedro. Ellas hacen que allí el mar sea manso pues más al norte y más al sur, entrar al mar por la playa es casi imposible, por el tamaño de las olas. Las islas protegen las playas y, gracias a ellas, podemos salir a pescar.

Es precisamente por allí, por la playa de San Pedro, que todos los fines de semana me hago a la mar en Ichmay, mi chalana. Así, casi sin pensar, lo había hecho durante años hasta que me sucedió lo que me sucedió y es lo que aquí quiero yo contar.



